



dintel

# Soledad

Yuri Raúl Vargas\*

**H**asta ya bien entrado en mis diecisiete, la única soledad de la que tuve perfecta conciencia fue una adolescente hermosa, larga y lánguida, habituada a pasear flotando por los pasillos de la secundaria. A Soledad, su nombre le ajustaba exacto en esos hábitos de unicornio a los que se entregaba y le daban, más allá de cualquier sustancia, transparencia. Siempre sola, Soledad andaba tras de sí como borrando sus huellas, recogándose en cada paso, ajustando la estela dibujada en el aire por la proa que eran sus piernas al caminar. Recordar, ver caminar a Soledad es siempre un referente limpio

y nítido contra la acuosa turbiedad de la multitud y el mundo de aquellos años.

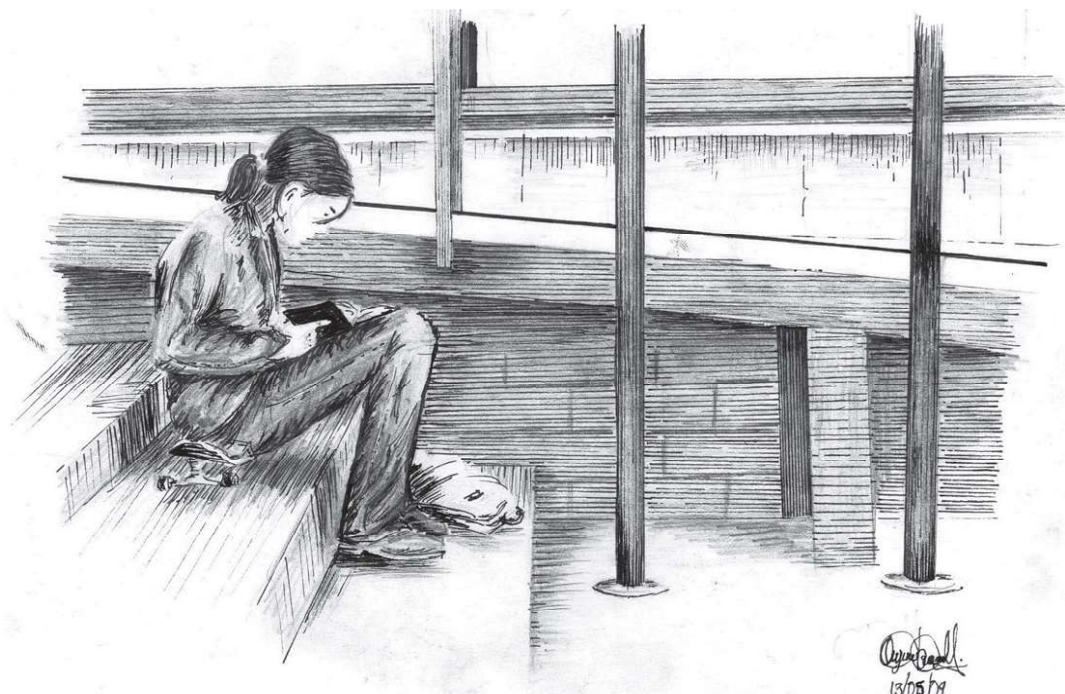
Soledad nunca fue en mi salón, lejanísima, ella y los demás del grupo once, a cinco salones y un pasillo de distancia del desastre donde perpetré la secundaria: el dieciséis. A Soledad la veía en el refrigerio, sola, a veces comprando una exacta e igualmente solitaria soda. Se recargaba contra el muro de la cooperativa a comer su almuerzo, luego del obligado, y a veces, exasperante ritual donde igual se implicaban con un extraño erotismo el sacar la torta de una infatigable bolsa de papel de estraza y desplegar como pliegues de tesoro antiguo las capas de servilletas donde se hallaba embalsamada. Parecía fumar la comida, abstraída como parroquiana de Lautrec, siempre leyendo diferentes libros, viéndolo todo sin mirar, haciéndole agujeros a la realidad con esa imaginación que después la haría tan popular. Soledad parecía evitar mirarme a mí. Yo arengaba siempre a mi camarada en turno para pasar mil veces alrededor de ella y nunca coincidieron sus ojos con los míos. Me desesperaba saber (argüía quizás este elaborado pretexto para explicar mi propia transparencia) que su traslúcida sustancia era en realidad la constatación de un universo donde no tenía cabida, yo y mis parvularios afanes de gordito en trances de ser persona.

Soledad fue también un aguijón, tentación que me hizo sentir con aguda y clara certeza la rabia y el rencor. Jorge, un chavito pálido y escuálido a quien le tocó de suerte compartir taller conmigo, acaso tarde entendió la razón de mi aversión hacia él. Los golpes y las mal habidas chacotas instrumentadas en su persona con tan punzante diligencia, no fueron nunca sino el filón de la celosa renuncia que me suscitaba el verlo caminar en compañía de Soledad, cuando por cierta coincidencia se hicieron amigos y dedicaron desde entonces aquellos quince minutos de refrigerio a pasearse solos los dos por los pasillos de la es-



\*\*Ilustraciones: Víctor Manuel Quijano Barrera.

\*Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas. Profesor de literatura en la Academia de Música Fermatta. yuriraul@yahoo.com  
\*\*Alumno de la ESIA Tecamachalco.



cuela. Iracundo y peligroso adolescente era yo: envidioso de los mil demonios, frustrado a tan temprana edad por no ser yo el depositario de su sonrisa y verme alguna vez reflejado en esas inmensas ventanas grises que eran sus ojos. En alguno de aquellos aborrecidos refrigerios sentí por primera vez la recurrente sensación de no querer ser más quien soy, meterme en el cuero de otra persona y vivir por un instante las sensaciones que sabía no iba a experimentar nunca.

Soledad se mostró al cabo como una estudiante tenaz y claridosa, primera escolta, cuadro de honor, campeona de oratoria. Fue referente y modelo de otros tantos adolescentes igualmente per-

didados en su remota contundencia. Sé, de cierto, el silencio, la avidez y el respeto, la razón de tanto concierto a primera hora de cada lunes: verla marchar al centro de la escolta, abanderada, mástil perfecto. Aún sola, Soledad recibía las atenciones y admiración de la corte estudiantil desde el alto parapeto de su voz y su presencia, su naturaleza intocable. Querer hablar, estar con Soledad era como intentar coger la sal del mar a puños y sentir consternado una humedad evaporada dejándonos aún más secos, más curtidos: más solos. Y yo, apenas un cuarto de rostro detrás del muro de hombros rodeando a Soledad, entendía las respuestas propiciadas por algún bárbaro cuando preguntaba la razón de leer tanto o cómo había podido aprenderse de memoria un poema tan largo y aburrido. Y lo entendía porque también, como lastre de una gastada usanza familiar, cargaba siempre en mi morral algún libro que leía a escondidas de las rudas circunstancias pautadas en aquel terrible grupo dieciséis. Varias veces la vi hojeando un libro que yo sabía casi de memoria y muchas veces quise enderezar un comentario, adquirir el volumen y la opacidad de una opinión y poder entonces existir para ella, ser mío el envidiado pellejo de otros imbéciles con más coraje.

Una vez hablé con Soledad, a solas. Era la fiesta de fin de cursos, luego de aquel farragoso segundo año de secundaria. Entregados certificados y diplomas, nos unía tan sólo el pretexto de aquella reunión. La mayoría serenos, unos cuantos más bien nostálgicos, los rijosos de siempre sin causa para dar lugar a algún estropicio. Yo transitaba con cierta inconsistencia en el purgatorio de una nutrida serie de seises que daban a mi inmaculada trayectoria de primaria trances de acabose, mi futuro





más incierto que nunca. Jorge, perdonadas las viejas afrentas, amigo mío al cabo de dos años, me vio parapetado detrás de la consola, junto a otros irresponsables que hurgaban una caja de discos y simulaban tal interés melómano mientras las chicas, al otro lado de la cancha de básquetbol, se hacían las aburridas. Apenas un par de semanas antes, por algún insensato arrebató de ebrio primerizo, casi reclamándole, le había confesado a Jorge la razón de mi superada inquina. No dijo nada, sólo se me quedó viendo con su mirada de niño viejo y se nos fue la noche de aquel sábado contándonos una y otra vez las anécdotas en las que al cabo nos encontramos implicados. Jorge se me acercó entonces, en aquella definitiva reunión de fin de cursos, me cogió del brazo y sin mediar palabra me llevó hacia un extremo del patio. Y sí: ahí estaba Soledad, tan sola, esperando al amigo de su amigo, comprometida a ser amable y cumplirle al legendario prócer de aquella caterva de malditos el más caro y postergado de sus deseos.

Algo dije, supongo. Recuerdo sus ojos, verlos por primera vez mirándome. Y sí: ahí, en ese marco marrón estaba: pequeñísimo, balbuceante, apenas creyendo ser yo, su reflejo el mío. Pude aferrarme al referente literario y eso nos dio materia para platicar un rato. No más de cinco minutos: Soledad se fue, tuvo que irse. Y yo me quedé ahí tendido, acariciándome la mejilla donde, como era la convención entre jovencitos de tercero de secundaria, me plantó un beso.

No volví a hablar con Soledad sino hasta un par de años después. Era el tercer camión de aquella tarde. Ejercíamos de bluseros ante el respetable,

recolectando tostones en una cáscara de coco para seguir girando en el vórtice hacia donde discurrían nuestras vidas. Dejé de pronto a mi camarada, el Málaga, a mitad de un solo más bien furioso y me fui a esconder al fondo. Soledad había abordado el bus y yo, que me creía tan curtido, retorné violentamente al patio de la escuela y al refrigerio, al muro de la cooperativa donde se recargaba siempre sola a beber soda y comer la torta embalsamada luego de aquel ritual de envoltorio.

Soledad avanzó entonces hacia donde yo estaba y con un solo impulso, ágil batir de esas alas donde pendía como guiñol perfecto, se acomodó junto a mí. No sé si me reconoció de inmediato; he aprendido con los años a dudar de ello. Supongo que fue el verme ahí, viéndome por segunda vez, parapetado tras mi guitarra, transfigurado por el súbito desconcierto de quien no acaba de creer en la cabal existencia de un tipo al que le colgara su nombre de algún pliegue... no sé: alguna gracia le causé y en abierto me sonrió. Supongo también que yo le sonreí; no puedo asegurarlo con certeza porque, decía, mi piel parecía ya no ser la mía. Pasaron algunos segundos, mi compa terminó de terciar con aquella rola y se acercó a la puerta. Y justo cuando Soledad me dijo hola, al fin reconociéndome, respondiendo intrigada al esforzado saludo que de algún modo balbuceé, la puerta del camión se abrió, saltó el Málaga y, sin dudarle un instante, me arrojé también a la calle tras mi parna. Y por primera vez, la primera de muchas otras en mi vida, viendo la estela de humo del camión yéndose al carajo, sentí lo que era estar completa y absurdamente solo ☹



Agustín  
22/05/09